

UNA CARTA.

Á DON ANTONIO FERRER DEL RIO, ENVIÁNDOLE LA CREDENCIAL DE UNA GRAN
CRUZ PARA EL SEÑOR VARONA, SU AMIGO.

Mi buen amigo Ferrer,
De su romance al favor
Va esta carta á responder;
Verla le dará placer,
Y á mí escribirla, mayor.

Dentro de ella encontrará
La gran cruz con que el Gobierno
Premio á los servicios da
Del que es liberal eterno
Do tantos no lo son ya.

De aquel en cuya persona
Sólo hallo una incorreccion,
Pues quien tan alto blasona,
Más que llamarse Varona
Debe llamarse Varon.

Del buen rey Cárlos tercero
Honraré tal caballero
Insignia, diploma y banda,
Más que tanto majadero
Que se la echó por bufanda.

Lo quiso la suerte así;
Y aunque no me toca á mí
De esta jornada la gloria,
Pues de tan cerca la ví,
Bueno es que cuente su historia.

Usté la accion presentó,
Merelo la comenzó,
Yo á retaguardia luché,
Mártos con nosotros fué
Y el triunfo la coronó.

Mande usté, pues, á su amigo
La credencial que ambiciona,
Y de su hogar al abrigo
Viva con su cruz Varona
Lo que mis cruces conmigo.

Que son tantas y son tales
Las que el destino me ha dado
Con propios y ajenos males,
Que áun espero en los anales
Pasar por crucificado.

En tanto sucede así
Y vienen Dios ó el demonio
Á desterrarme de aquí,
No me olvide, don Antonio,
Y disponga usted de mí.

Madrid, 1871.

A LA LIBERTAD.

¡Celeste libertad! ¡Astro fecundo
Que triste á veces su fulgor derrama,
Cuando al mirar su luz trocada en llama
Mejor destruye que ilumina el mundo!
Ya hundida del abismo en lo profundo;
Ya rica de poder, de gloria y fama,
Como la madre por sus hijos clama,
Aclamo yo tu imperio sin segundo.
Dentro del corazon tu nombre leo:
Ántes que ausente de mi hogar te llore,
Ántes que el hierro del esclavo muerda,
De mi existencia el fin hallar deseo:
¡Maldito aquel que hipócrita te adore!
¡Maldito aquel que estúpido te pierda!

Madrid, 1873.

DEL ÁLBUM DE MI HIJA.

Cuentan que al sentirse herido
Y ya próximo á su fin,
Con un amargo gemido
Llora el ciervo perseguido
La maldad del hombre ruin.

Lo mismo en toda ocasion
Debe hacer el corazon
Al ver perdido su encanto,
Que muchas veces el llanto
Castiga una mala accion.

A UN AMIGO RESIDENTE EN ROMA.

Si alguna vez de Trevi en la fontana,
Ó del risueño Pincio en la colina,
Ó en la desnuda cárcel Mamertina,
Ó en la soberbia iglesia Vaticana,
La patria de Quevedo y de Santana
Echas de ménos por servil rutina,
Y envidias á la pobre golondrina
Que se viene á posar en mi ventana,
No te detenga mujeril decoro,
Troquemos de lugar, y te confieso
Renunciaré al garbanzo sin desdoro.
Una grada de sol tendrás de exceso,
Y si la calma te aburrió del Foro,
Te daré mi tarjeta del Congreso.

Madrid, 1873.

LAS ONDINAS.

(IMITACION DE ALEARDI.)

Del lago azul y límpido
Las ondas cristalinas
Surcando va fantástica
Sin eco y sin rumor,
La hueste mitológica
De sílfides y ondinas
Que alientan con el céfiro,
Que duermen en la flor.

Cuanto soñó el espíritu
De seductor y bello,
En sus semblantes cándidos
Idealizado está:
Sus labios son de púrpura,
De nácar es su cuello,
Y á la azucena pálida
Su seno envidia da.

— 179 —

Con danzas y con cánticos
Alegran su existencia
En la mansion recóndita
Que les labró el Señor:
Un coro son de vírgenes
De paz y de inocencia;
Sonrien, pero ¡ay miseras!
No saben qué es amor.

A veces un estrépito
La superficie altera
De la laguna plácida
Do bullen sin cesar:
Y al ir con ojos lánguidos
Buscando una quimera,
Ven sólo sus imágenes
Tranquilas reflejar.

De noche á los purísimos
Destellos de la luna,
Cuando el hermoso ejército
Al sueño se entregó;
Parece ver de tórtolas
Cubierta la laguna,
Y lleva el aire lágrimas
Que al paso recogió.

.
Así con vuelo rápido
Tu pensamiento, Elisa,
De un vértice á otro vértice
Desvanecido va:
Así navega intrépido
Tu corazón aprisa,
Por ese mar sin límites
Donde el abismo está.

—
¡ Cuál de tu labio trémulo
El beso fuera grato!
¡ Cuál de tu frente mórbida
El celestial fulgor!
Si hallando al bien estériles
Tu afán y tu arrebato,
Lográras por bien único
Saber lo que es amor.

—
Hoy como estatua fúnebre
Sobre el sepulcro yerta,
Ni das al dolor bálsamo
Ni estímulo al placer.
Inerte y melancólica
Parece tu alma muerta
Despojo de un autómatas
Con forma de mujer.

Vendrán las horas tétricas
De angustia y de quebranto;
Caerán los rotos ídolos
Del carcomido altar:
De tu semblante célico
Se borrará el encanto,
Y ¡ ay, si te falta el último
Consuelo, el de llorar!

Madrid, 1873.

LA MUERTE DE UN ANGEL.

—
A MI AMIGO C. F.
—

Su vida, cual relámpago brillante,
La vuestra iluminó;
Rasgó la oscuridad, brilló un instante,
Y luego se apagó.

—
Mas no muere la luz; fúlgida y bella
Busca su antiguo sér;
Quizá bajo la forma de una estrella
Torna á resplandecer.

—
Por eso cuando alceis al puro cielo
Los ojos desde aquí,
Miradle siempre con amante anhelo,
Que ella está allí!

—
Madrid, 1873.
—

CANTARES.

Huye, niña, de los hombres
Que baja la frente llevan,
Que el águila mira al sol
Y la serpiente á la tierra.

—
El amor y el interes
Salieron á viajar juntos,
Pero aquél llegó hasta el cielo,
Y éste no salió del mundo.

—
Para hacerle una visita
Que su padre me encargó,
Pedí á un avaro sus señas,
Y ni sus señas me dió.

—
Del tamaño de un guisante
Tengo una caja de plata,
Y guardo enterrado allí
El corazon de una ingrata.

Perdió á Luzbel, siendo un ángel,
Un pecado solamente,
¿Cómo has de salvarte tú
Teniendo seis de los siete?

Una mujer y una liebre
Se apostaron á correr,
Y como el premio era un hombre,
Se lo llevó la mujer.

De los niños y los viejos
Todo con calma lo sufro,
Porque he sido lo primero
Y espero ser lo segundo.

Si eres modista y no dejas
Aguja sin enhebrar,
Yo te pido que me enhebres
La aguja de marear.

Fueron tus palabras, niña,
Chaparrones de verano;
A la mañana cayeron
Y á la tarde se secaron.

De cuantas cosas existen
Sólo cuatro no hallo bien :
El hambre, la desvergüenza,
La fealdad y la vejez.

Dices, Ines, que el alma
Se te ha perdido;
Mira á ver no la tengas
En el bolsillo :
Que muchas veces
Donde ménos se piensa
Salta la liebre.

Madrid, 1873.